

Y esta es la verdad que nace
Cuando terminan las penas.

~~~~~  
**A LUZ**

¿Por qué tan temprano llegan  
Las aves á mi ventana,  
Y con su canto pretenden  
Quitar el luto á mi estancia?  
¿No saben que en esta fecha,  
Que es tanto para mí grata,  
Estoy solo con mi duelo,  
Y solo con mi desgracia?  
No advierten que de tinieblas  
Circuida tengo el alma,  
Pues di la luz de mis ojos  
Por el sol de una mirada?  
¿No ven que vivo muriendo?  
¿No están palpando mis ansias?  
No saben que ausente de ella  
Mi corazón se acobarda?  
Entonces, ¿por qué dejaron  
El nido que amores guarda,  
Y vienen á ver al triste  
Que llora cuando ellos cantan?  
.....

Dirijan pronto su vuelo  
Hacia la tierra lejana,  
Donde quedó la que adoro,  
Donde está la que me ama.  
Y si quieren las caricias  
De la que es mi soberana,  
Díganla que las envío  
Con el recuerdo de mi alma.

**LIZARRITURRI ( MANUEL )**

~~~~~  
A JUAN DÍAZ COVARRUBIAS (1)

Cuando por tu saber brillabas tanto
Y te daba sus lauros Poesía,
En negra noche, horrenda tiranía
Secó tus flores y apagó tu canto.

Tu verdugo, mirando con espanto
Tu cuerpo yerto en la tiniebla fría,
Proscrito esconde su crueldad sombría
Mientras aquí te damos culto y llanto.

Cayó sobre tu fosa el cuerpo inerte
Y el nombre augusto recogió la historia
Y el pueblo fué á vengarse de tu muerte.

México rinde culto á tu memoria,
Y eres hoy por tu vida y por tu muerte
Ídolo de la patria y de la gloria.

~~~~~  
**MONROG ( JOSÉ )**

~~~~~  
**A mi amiga Aurora Revilla de Escoto
en la muerte de su padre**

—
Sí cabe algún consuelo en tu amargura,
Si te deja el quebranto

(1) Sacrificado por una facción política el 11 de Abril de 1859.

Oír la voz amiga
 Que trata de endulzar tu desventura
 Y de enjugar tu llanto,
 Permite que te diga,
 Con la fé, con la luz de mis creencias,
 Lo que es de los que mueren la partida,
 Lo que es la eterna suerte,
 Y como los que gozan de la muerte
 Se salvan de la muerte de la vida.

Quizá pretendo en vano
 Calmar tu desconsuelo
 Y llevar al hogar de tus dolores
 De la esperanza las queridas flores
 Y la resignación, hija del cielo.

Quizá para tu pena
 Mi bálsamo de paz será impotente
 Y tu alma noble y buena,
 De amargo duelo, de pesares llena,
 Mire todo consuelo indiferente.

Pero es á mi ternura,
 A mi santo deber es necesario
 Llevar la luz de mi creencia pura
 A el alma sin ventura,
 Al huérfano que llora solitario.

Oyeme, dulce amiga,
 No en el silencio tu dolor aumentes,
 Pues te ha dejado el cielo bondadoso
 La vida y el cariño de tu esposo
 Y el amor de tus hijos inocentes.

Ya no tu padre anciano

Irá, cual otro día,
 Al apacible hogar de tus amores
 A recoger tus besos y tus flores
 Y á llevarte caricias y alegría;

Ya no tendrás, Aurora,
 El dulce apoyo de su experto brazo,
 Ni verás su sonrisa sosegada,
 Ni irás, cual otras veces, angustiada,
 A buscar el consuelo en su regazo.

Pero te deja el cielo
 Una grata esperanza de reposo,
 Un piadoso consuelo
 Que á tus hogares volverá la calma
 Y á tu ventura volverá la vida;
 Su recuerdo en el alma,
 Su apoyo en la ternura de tu esposo
 Y en tus hijos su imagen bendecida.

No es tan cruel tu destino,
 Tu padre esta mansión ha abandonado
 Sin darte la postrera despedida,
 Y á la luz de otro mundo ha despertado.
 No temas por su suerte,
 No llores su partida,
 Que volverás á verle en otra vida,
 Sin temor de perderle por la muerte.

~ ~ ~

ESPERANZA

—

¡Qué triste es mi destino!
 Soñar, siempre soñar con la esperanza,
 Sin encontrar jamás, en mi camino,

Más que zarzas que barre el torbellino
Y el porvenir que se hunde en lontananza.

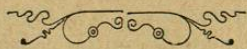
Si encuentro por mi senda
A otro errante viajero de la vida,
En vano espero que mi mal comprenda
Y que una mano fraternal me tienda...
Pasa sin escuchar mi despedida.

Si el alma con dulzura
Lágrimas tristes apenada vierte
De mis recuerdos en la tumba oscura,
El olvido rechaza mi ternura
Y desprecia mis lágrimas la muerte.

Cuando levanta al cielo
Mi espíritu la vista y á Dios nombra
En medio del amargo desconsuelo,
Miro que se alza del oscuro suelo
Entre Dios y mi espíritu la sombra.

A veces, fatigado
De tanto combatir, bajo la frente
Porque débil me siento y humillado;
Pero ¡ay! al recordar cuanto he luchado
Me levanto más grande y más creyente.

¿Me vencerá el tormento?
¿Podrá más que mi fé la dura suerte?
Mi esperanza, mi Dios, prestadme aliento
Y que luchando hasta el postrer momento
Solo me venza el golpe de la muerte.



MATEOS (JUAN A.)

Al general don Santos Degollado ⁽¹⁾

Ave, César, morituri te salutant.

Revienta el huracán, y el mar quebranta
Sus poderosas aguas en la roca,
Y á los cielos soberbio se levanta;
Y en su rugir profundo,
Estremece las márgenes del mundo
Y su gemido al marinero espanta.

La marina extensión cruza una vela
En la tormenta por el mar batida;
Audaz piloto que salvarla anhela
Empuñando el timón, surge sereno
En el hirviente mar, su frente erguida,
Halla impasible el resplandor del trueno.

Salva la nave, y ve sobre cubierta,
En su agitado anhelo,
El purísimo azul de claro cielo,
Brillante toldo á la extensión desierta.

En el último choque turbulento
El ronco mar que la tormenta ensaya,
Le arrebató violento
Y le arroja cadáver en la playa
Entre las ondas que encrespara el viento.

(1) Esta composición fué leída en el panteón de San Fernando, en la inhumación de los restos de tan ilustre general, muerto en campaña contra los enemigos de la Constitución.

Tal es, ¡oh mártir! la sublime historia
 Que tu existencia de heroísmo encierra:
 Si te negó en la tierra
 Sus fugitivas luces la victoria,
 En tu lecho de muerte
 Perenne brilla el astro de la gloria.

Tu estrella infiel, en el postrer momento
 Se mostró compasiva, y por cadalso
 Te consagró el soberbio monumento
 De mártires sin nombrel
 ¡Apotheosis brillante en ese osario!
 ¡Cristo de la Reforma!
 ¡El monte de las Cruces por calvario!

En sus arcanos, el Señor no quiso
 Dar una muerte á tu ambición obscura,
 Y de tu gloria en el feliz delirio,
 Puso en tu erguida frente
 La sublime aureola del martirio.

¡Valiente capitán! tú no moriste
 De la muerte del vulgo; esa sí aterra
 El corazón valiente;
 Que al escuchar los ecos de la guerra
 Un noble arranque en sus latidos siente.

Tú invocabas al rayo de exterminio
 Cuando en su choque la fatal metralla,
 Sin compasión, hería
 La noble juventud que en la batalla
 Tus estandartes trágicos seguía.

De libertad la planta bienhechora
 Con sangre se regó; de tu destino,

En el revuelto mar, nunca á deshora
 En el confin te dibujó una playa;
 Solo con la memoria:
 Un patíbulo horrible en Tizayuca,
 Un cadalso sangriento en Tacubaya.

¡Silenciosa en la lira
 Trémula va mi mano; los crespones
 No separéis; el alma se estremece,
 El recuerdo velad, que desfallece
 La monótona voz de mis canciones.

Venid en derredor de esta tribuna,
 Aquí en la intimidad de nuestra pena
 Su historia recordemos,
 Y delante del cuerpo ensangrentado
 En el silencio del dolor lloremos.
 ¿Dónde la loca vanidad que sueña
 Interpretar las páginas obscuras
 De ese libro cerrado del destino?
 El Hacedor del cielo
 Puso entre el porvenir y sus criaturas
 Los anchos pliegues de su eterno velo.

Ante el juicio severo de la historia
 ¿Puede culpable aparecer? ¡mentira!
 Esa tormenta que hasta el sol envuelve,
 Disiparán las brisas de mañana:
 ¡Cadáver! hoy te absuelve
 El tribunal de la conciencia humana!

Restos ensangrentados, pobre herencia
 De tus soldados fieles
 Que á tu lado jugaron la existencia
 Y partieron contigo sus laureles;

Guardamos tu memoria
Del corazón en la hostia sacrosanta,
Porque tu sombra en medio de nosotros
En las horas de duda se levanta.

¿Dónde esa fé que luce y reververa
Como el fuego del sol sobre el desierto,
Que conservó en tus manos la bandera
Hasta llegar tranquilo
¡Ay! á la márgen del sepulcro abierto?

La aspiramos nosotros en las auras
Con que Mayo meció nuestro estandarte,
Entre los roncós truenos
Que fueron á la tumba á despertarte,

Deja el sangriento asilo, alza la frente;
¿No ves los timbres de tu gloria ilesos?
¡Eterno Dios, el soplo omnipotente
De la resurrección, mande á tus huesos!

No dejes, no, tu funeral sudario,
Ni sacudas el polvo de la tumba;
En tu sueño profundo
Se proyecta tu sombra sobre un siglo,
En esa historia espléndida del mundo.

El astro que alumbró tu altiva frente
Refleja un mar de sangre;
Tú no escuchas las voces extranjerías
Que estremecen el monte, la llanura,
Y repiten las altas cordilleras;
A sus ecos de muerte
Se mecen con desdén nuestras banderas.

En la lucha sangrienta, de exterminio,
Ante tus restos clamarán los libres,
Con acento terrible, sobrehumano,
Cuando al llamado de la patria acudan,
Como en el circo el gladiador romano:
Los que van á morir, hoy te saludan.

ORTIZ (FRANCISCO DE P.)

PÁGINAS SIN NOMBRE

I

Hay entrámbos un abismo
Imposible de salvar,
Tú eres la luz de la aurora
Y yo soy la obscuridad.

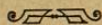
Tú eres la caliente brisa
Que dá la vida al pasar,
Y yo soy el viento helado
Que arrastra á la eternidad.

Tú eres la flor más hermosa
Del ameno florestal,
Y yo el sauz cuyas ramas
Despedazó el huracán:
Tú eres el alma que llega
Y yo el alma que se vá.

II

¿Por qué me lo dijeron, no sabían
Que me iban á matar?
¡Fué esa mujer la vida de mi vida!
¡Cuánto doblez, qué negra falsedad!

¡Inmóvil me quedé cuando lo supe
Y no pude llorar!...
¡Mientras estaba mi semblante en calma
Bramaba en mi interior la tempestad!



ORTIZ (LUIS G.)

¡LLORAR!

¡Llorar! siempre llorar, lenta agonía
De la vida en el mar, mar proceloso,
Donde apenas cintila temeroso
Rayo de luz en la tiniebla fría.

Siempre llorar, desde que nace el día,
Sin paz, sin sueño y sin hallar reposo;
Mas todo lo que llora es muy hermoso,
Porque amar es llorar ¡oh vida mía!

Tú amabas ¿no es verdad? por eso lloras;
Porque al que ama, llorar es un consuelo
De su martirio en las eternas horas.

Ven, la vida es muy triste en este suelo;
Mas la dicha vendrá, porque no ignoras
Que el amor y el dolor tienen su cielo.



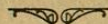
PETRARCA ⁽¹⁾

Triste y vagando por región extraña,
De un amor infeliz con los dolores,
Tiber oyó tus cantos seductores,
También el Sena y la potente España.

En tanto, inseparable te acompaña
La imagen de tus púdicos amores;
Laura, dice la brisa entre las flores;
Laura, el arroyo que las vegas baña.

Roma te admira, mientras tú orgulloso
Ciñes el lauro que tu genio alcanza,
Y la muerte te marca el fin dichoso.

El mundo un ¡ay! de sentimiento lanza;
Y tú hallando el lugar de tu reposo,
Das un adiós á glorias y esperanza.



OLAQUIBEL (MANUEL)

JESÚS

I

Ojos dulces, adormidos,
Rubia cabellera larga,
Y una angélica sonrisa
Que penetraba hasta el alma.

(1) Se atribuye á Petrarca el siguiente epitafio, grabado sobre su sepulcro:

*Inveni requiem: spes et fortuna valet;
Nil mihi vobis cum est: ludite nunc alios.*

«Llegué al lugar de mi reposo; adiós fortuna y esperanza, nada tengo ya que ver con vosotras; id ahora á lucir para otros.»

Irradiaba en sus pupilas
 No sé que luz tan extraña,
 Como el rayo de la luna
 Sobre la onda arrebatada
 Rubia y rizada, en el cuello
 Caía partida la barba;
 Y cual nardo de Gennésar
 Eran sus mejillas blancas.
 Era Jesús, era el Cristo
 Poeta de la montaña,
 El que vestía humildemente
 Con una túnica parda.

II

Los niños escuchaban sus mágicas palabras,
 Querían tocar las manos divinas del Rabí
 La turba los aleja y entonces Cristo exclama:
 «Dejadlos que se acerquen, que lleguen hasta mí.»

«Así como estos niños, así serán los buenos
 Y gozarán por siempre de la eternal mansión.»
 Las frentes infantiles conservan desde entonces
 La marca sacrosanta del beso del Señor.

III

Cruzábanse en las nubes, relámpagos continuos,
 Zumbaba entre las rocas terrible el vendabal,
 Torcía el nudoso tronco la corpulenta encina;
 Y yo no sé que voces oíanse sollozar.
 En lo alto de los cielos, temblaban las estrellas
 A la hora en que debiera el sol mandar su luz;
 El Padre de los seres abrió sus brazos tiernos...
 Y amando y bendiciendo así murió Jesús.



BIEN SUPREMO

Madre ¿por qué á mis ojos
 El mundo entero
 Era un campo sin flores,
 Triste y desierto.
 Y ahora suspiro
 Sin envidiar los goces
 Del paraíso?

Los paisajes que un tiempo
 Me entristecían,
 Hoy forman el encanto
 Del alma mía;
 Mi sueño es dulce
 Dulce como la gloria
 De los querubens.

—Oh madre ¿por qué cambia
 La faz del mundo?
 —¡Ay! no delires niña,
 Tu afán es humo,
 Tan sólo el alma
 Se transforma al impulso
 De la esperanza.

—¿A través de qué prisma
 Veré la tierra,
 Que un edén delicioso
 Mi vista encuentra?
 —Lo sé, mi vida:
 A través de otros ojos
 La tierra miras.

¡Ay! benditos los sueños

Que forma el alma,
Al recibir los besos
De la esperanza.
Y el bien supremo
Que en los amores puros
Nos manda el cielo.



LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

ELLA

Las dichas del amor son pasajeras,
Vosotras á los prados dais la vida,
Devolvedme mi amor, aves viajeras,
Devolvedme mi *fé*, mi *fé* perdida.

LAS AVES

Dejamos la aridez y los abrojos
En las regiones de perpetuo hielo.

ELLA

Me extraviaron á mí los dulces ojos
De un sér á quien llamaba *ángel del cielo*.

LAS AVES

Volvemos á habitar nuestra pradera,
Venimos presagiando la alegría.

ELLA

¡Oh! ¡quién me volverá la primavera,
Las flores y la *fé* del alma mía!...



PERVINÇAS

I

Pervinca, dulce pervinca,
Cuyos pétalos son tiernos,
Y azules como los ojos
De la que idolatro ciego.
Yo ví tu flexible tallo
De aljófar brillante lleno,
Cual pugnaba por besarle
La punta de sus cabellos.
Al fin se inclinó la niña;
Y sale entonces del suelo
Una voz entre suspiros,
Como de virgíneo pecho.

II

Nosotras queríamos, dicen
Las flores, en tu albo seno
Descansar, y estremecidas
Perfumarnos con tu aliento.
Tú sabes que nuestras hojas
Son azules como el cielo,
Y que en la tierra nos llaman
Emblema de los *recuerdos*.
Porque pasa nuestra vida,
En Abril como en invierno,
Sin temer los golpes rudos
De tempestad ó de viento.
Mas ya vemos que tus ojos
Tienen un azul más tierno;
Dicen, inclinan los tallos
Melancólicas al suelo,
Y las auras que afanosas

Volaron lejos, muy lejos,
Exclamaban: las pervincas
Están muriendo de celos.

PEZA (JUAN DE DIOS)

A MI PADRE ⁽¹⁾

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo;
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fé con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pié sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,

(1) Aunque esta composición ya se ha publicado en Madrid, no he querido omitirla esta vez porque debiendo yo todo cuanto soy á los afanes y á la constancia de mi virtuoso padre, no quedaria satisfecho mi corazón si su nombre no figurara en una obra arreglada por mí.

J. de D. P.

Y solo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja,
En el mundo la flor de la ventura
Al más lijero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

»Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

»Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada,
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;